

# El rescate y preservación del patrimonio histórico reciente

El caso de los conflictos armados en Centroamérica

*Carlos Sabino*

## 1. Punto de partida metodológico

El conocimiento de la historia es parte fundamental del acervo cultural de los pueblos. Poco se puede entender en profundidad del presente si no se conocen las raíces que los sucesos actuales tienen en el pasado, si no se aprecian en su real magnitud los cambios ocurridos, se evalúan las tendencias de larga duración que hoy están operando y se conocen las trayectorias de las personas que contribuyeron a la conformación de la realidad del momento presente.

Pero el historiador, por prudencia metodológica, suele abstenerse de tratar los sucesos contemporáneos. Muchos trazan una línea que divide al pasado cincuenta años atrás de su presente, considerando que los sucesos anteriores pueden estudiarse ya con serenidad y sin las perturbaciones que introducen los conflictos y las ideas de la hora actual. Pero de allí en adelante, sin embargo, se ocupan poco o nada de lo que ha ocurrido, dejando a personas de otras profesiones el registro y el análisis de los sucesos.

Algo de paradójico hay, sin embargo, en esta actitud: como el tiempo es un continuo fluir y los hechos se suceden de manera ininterrumpida, aquello que resultaba pasado reciente se va transformando, inevitablemente, en pasado remoto: la línea del presente se traslada sin pausas y hechos nuevos deben entrar así en el campo de estudio del historiador. Pero estos hechos, he ahí la paradoja, se encuentran poco estudiados, pues no se les ha prestado la atención que merecían por ser hasta hace poco –precisamente- demasiado contemporáneos.

Hemos padecido este problema -y por eso advertimos sobre su importancia- durante una investigación que hicimos hace unos tres lustros<sup>1</sup>: cuando quisimos rastrear los antecedentes de las reformas económicas que varios países latinoamericanos habían realizado entre 1976 y 1993, nos encontramos con que casi no existía bibliografía al respecto. Había muy dispersas informaciones de prensa, algunos informes económicos puntuales y textos de carácter más bien político o ideológico; los datos económicos, en suma, se hallaban disponibles, pero resultaba muy difícil reconstruir el entorno político, social y cultural en que se habían producido.

---

<sup>1</sup> Carlos Sabino, *El Fracaso del Intervencionismo, Apertura y libre mercado en América Latina*, 1999: Caracas, ed. Panapo.

De estas reflexiones surge la idea principal de este trabajo: **el historiador no puede dejar para el futuro la tarea de ir recopilando, conservando, organizando y procesando información que le parece muy próxima en el tiempo porque, de hacerlo, encontrará severos problemas cuando, más adelante, se dedique -u otros se dediquen- a escribir historia sobre la base de dicha información.** Los actores de los sucesos, que poseen valiosos datos y visiones personales de gran interés irán desapareciendo con el tiempo, o sufrirán tal vez enfermedades que les impidan responder adecuadamente a las entrevistas que se les hagan; valiosos documentos podrán extraviarse o ser destruidos, inadvertida o deliberadamente; objetos de muy variada naturaleza, como armas, instrumentos, utensilios o vestimentas podrán también destruirse o deteriorarse; en fin, los propios relatos periodísticos, ideológicos o pedagógicos se podrán convertir en barreras que dificulten la comprensión cabal de lo acontecido en tiempos no tan remotos, porque ya estos relatos los habrán filtrado y seleccionado apenas se convirtieron en pasado próximo. Porque la historia, aunque no lo hagan los historiadores, se va escribiendo de inmediato, en diarios, revistas y otros textos, en los libros escolares, en las reseñas de analistas y observadores, y sus conclusiones –generalmente poco rigurosas desde el punto de vista metodológico- influyen de un modo difuso pero intenso en la obra de quien luego se propone estudiar los hechos con más seriedad.

## **2. El caso de los conflictos armados internos en Centroamérica**

Casi todos los países centroamericanos, pero en especial Nicaragua, El Salvador y Guatemala, vivieron en el pasado medio siglo conflictos internos de acusada violencia. Los conflictos cesaron en la década de los noventa gracias a soluciones políticas y acuerdos de paz que han llevado la calma a la región. Esta resuelve ahora sus conflictos internos de un modo pacífico y, en general, sin violencia. No hay duda, sin embargo, que los enfrentamientos internos a los que nos referimos han dejado una huella profunda, perceptible aún en el presente, y que muchos de sus actores se encuentran vivos y activos en la política de hoy.

El análisis de dichos conflictos, el relato histórico de lo sucedido en esos años tumultuosos, ha quedado con muy pocas excepciones en manos de personas poco calificadas para realizarlo. Ya sea porque no poseen la formación académica adecuada, porque tienen intereses obvios en determinados puntos de vista o porque persiguen hoy agendas políticas concretas, la narración de los conflictos y la interpretación de los hechos han quedado sometida a visiones ideológicas muy definidas, orientadas más a defender y justificar lo hecho por un bando determinado que a encontrar la verdad histórica de lo acontecido.

Nos hemos referido ya a este problema en otra ponencia que presentamos a este mismo Congreso, donde tratamos con más detalle lo ocurrido en el caso específico de Guatemala. En este trabajo queremos hacer énfasis en lo que nos parece una recomendación metodológica irrefutable: **solo conociendo en profundidad los hechos, solo con un trabajo sistemático de recopilación y análisis, pueden corregirse las interpretaciones interesadas que distorsionan la historia reciente.** De nada vale oponer una visión ideológica a otra presentación también sesgada de la realidad: proceder así solo significa trasladar al ámbito académico las discrepancias que en otro tiempo se dirimieron por las armas. La única manera de superar estas oposiciones radicales –o por lo menos de hacerlas más explícitas y más manejables- es examinarlas a la luz de la información sistematizada de lo ocurrido. Por eso, precisamente, es que escribimos el presente trabajo, para trazar de algún modo el camino que debe seguirse para reconstruir una historia que vaya más allá de la simple diatriba y la justificación de uno u otro punto de vista.

¿Cómo proceder, entonces, concretamente, si adoptamos esta posición metodológica para enfocar el tema de los pasados conflictos armados? Permítanos el lector que, en las secciones siguientes, esbozemos parte de lo que puede hacerse de inmediato en este sentido.

### **3. Los testimonios vivos del pasado**

La entrevista es una técnica de recolección de datos que suele descuidarse en los estudios históricos, más apegados a la revisión de archivos y fuentes documentales de información. Pero la entrevista, en el caso de la historia reciente, resulta decisiva: permite conocer de primera mano a quienes intervinieron en sucesos de importancia, apreciar sus actitudes y modos de pensar, recoger información sobre detalles que pueden parecer insignificantes pero que, colocados en el contexto adecuado, resultan capaces de iluminar y hacer más fructífera la interpretación de los sucesos que se estudian.

Las entrevistas, para que resulten de utilidad, deben ser llevadas a cabo con la adecuada técnica. Ello implica, entre otras cosas, registrar el momento y el lugar en que se realizaron, los datos básicos sobre la persona entrevistada (nombre, fechas importantes, datos familiares) y, sobre todo, tratar de no condicionar las respuestas ni entrar tampoco en polémica con el entrevistado. Es cierto que cada persona tratará de dar una imagen favorable de sí misma y que, por lo tanto, habrá muchos autoelogios que el investigador deba descartar; pero es cierto también que, de entre las palabras favorables para sí mismo, el entrevistado también dejará deslizar juicios sobre los demás y sobre los hechos, su visión del mundo, excusas, justificaciones y aclaraciones que pueden resultar de inmenso valor. Cuando se reúnen variadas entrevistas, cuando se cotejan entre sí, cuando a los entrevistados se les repregunta sobre puntos confusos o afirmaciones inverosímiles y se les

ofrecen otras informaciones que posee el investigador, pueden superarse con facilidad las limitaciones que –interesadamente o no- poseen las respuestas de los entrevistados.

En el caso que nos interesa, el de los conflictos armados internos, la gama de posibles entrevistados de interés es casi infinita: cubre desde los participantes mismos en la lucha armada hasta políticos, profesionales y exponentes de la población civil que se vieron envueltos en las áreas de conflicto. Los militares de toda graduación –desde los altos oficiales que definían la estrategia hasta soldados rasos, pasando por los oficiales que dirigían unidades pequeñas hasta el personal médico y de apoyo logístico- dan siempre indicaciones de valor sobre la forma en que se desarrollaba la lucha. Lo mismo sucede con los guerrilleros, que pueden ofrecer relatos contrastantes o complementarios con los anteriores, y entre los que deberían entrevistarse desde los dirigentes que definían la estrategia política general hasta los elementos de base, que participaban directamente en los encuentros armados. La población civil, sobre todo en áreas rurales, aporta en general información puntual y dispersa. Pero los datos que ofrece cobran valor cuando se los integra en conjuntos más amplios, que permiten trazar ricos panoramas de lo que ocurrió en determinadas zonas.

No es este el lugar para detallar la importancia de los requisitos técnicos de una buena entrevista, que pueden ser consultados en la bibliografía existente, aunque sí –creemos- para exhortar a los historiadores, y en especial a quienes desempeñan funciones docentes, para que recurran a esta técnica para enriquecer sus trabajos o simplemente para recoger testimonios que de otro modo se perderían. En mi experiencia personal como docente he observado lo altamente motivador que puede ser, para los estudiantes, hablar con personas que han participado en luchas políticas o armadas o que han sido testigos pasivos de acontecimientos históricos. Los estudiantes, si son bien guiados por sus profesores, llegan a dominar en poco tiempo el arte de entrevistar y logran sumergirse en un pasado que rápidamente cobra vida ante ellos y llega a fascinarlos, impulsándolos a investigar con persistencia y seriedad.

La entrevista, por lo tanto, es una herramienta indispensable en el taller del historiador, un recurso que nos permite recoger y resguardar la información que, de otro modo, con el paso inevitable del tiempo, se perdería para siempre.

#### **4. Los artefactos y los residuos materiales**

Tan importante como la recuperación de testimonios orales puede resultar el hallazgo, conservación, clasificación y exhibición de los elementos materiales que provienen de un determinado momento histórico. ¿Quién no aprecia la riqueza de la civilización maya, por ejemplo, cuando contempla una estela cuidadosamente tallada que relata acontecimientos

ocurridos hace más de mil años? ¿Quién no comprende los horrores de la guerra ante fotografías de ciudades devastadas o percibe el fervor religioso ante obras arquitectónicas o escultóricas de singular belleza?

Los enfrentamientos armados poseen también una rica variedad de artículos que, en muchos casos, nos hablan de las condiciones y las circunstancias en que se desarrollaron las luchas. Armas, municiones y pertrechos, uniformes y utensilios de campaña, objetos personales de los participantes y fotografías de todo tipo nos pueden dar una idea concreta, efectiva y sólida, de aquello que ocurrió hace no tanto tiempo. Pero todo este material carece por completo de valor si se halla disperso, sujeto al deterioro de los elementos, ignorado entre los residuos del pasado.

El primer paso para el investigador, por lo tanto, es detectar dónde puede encontrarse el material de interés para posteriores estudios. En el peor de los casos este se halla abandonado o se encuentra en posesión de personas que no le dan valor alguno, y que por lo tanto pueden desecharlo como simple basura sin interés. En cambio, en el extremo contrario, existen colecciones –pequeñas o grandes- de determinado tipo de elementos que son atesoradas de forma privada y conservados con mayor o menor cuidado. Entre ambas posibilidades están los objetos que algunas personas poseen y que, conociendo su valor para la historia, los guardan y protegen del deterioro, pero sin saber qué cosa, concretamente, puede hacerse con ellos.

El caso de las armas, crucial para el caso de los conflictos armados a los que nos referimos, posee características singulares que vale la pena tomar en cuenta. En primer lugar porque armas de uso bélico pueden estar en manos de personas que las consideren todavía como posibles recursos a utilizar ante eventualidades diversas: son armas generalmente no registradas que deberían registrarse, recolectarse y ser exhibidas por museos como elemento de información para los estudios históricos. En este caso es muy importante que se hagan las gestiones correspondientes ante las autoridades para que, una vez desactivadas, puedan ser conservadas y exhibidas como testimonios históricos materiales. Sabemos que hoy existen estrictas reglamentaciones para el registro de todo tipo de armas. Por eso resulta decisivo que instituciones académicas e investigadores expliquen pacientemente a las autoridades respectivas que dichas armas ya no son objetos de uso, sino que pasan a la categoría por completo diferente de testimonios históricos, y que nadie podrá emplearlas para ejercer la violencia sino que servirán para dar cuenta y mostrar materialmente las realidades del pasado. Es como decir –y perdónesenos por lo extremo de la analogía- que una vasija maya ya no será utilizada para beber chocolate, sino para exhibirla en un museo y contribuir al conocimiento de la cultura de quienes la elaboraron.

Las armas deben ser conservadas mediante los cuidados usuales con que se mantienen en buen estado, pero además deben ser desactivadas para su uso como tales: almacenando en

lugares separados percutores, otras piezas esenciales para su funcionamiento normal y sus municiones. Del mismo modo otros objetos del pasado –uniformes, pertrechos, utensilios personales, instrumentos y muebles- deben ser preservados en un ambiente adecuado, como hacen los anticuarios y coleccionistas que ya tienen una amplia experiencia al respecto.

Tan importante como la recolección y preservación de estos objetos resulta en realidad su examen, clasificación y ordenamiento. Es importante investigar quién usó determinada arma o uniforme, en qué lugar y en qué período histórico, dónde se tomaron las fotografías y quiénes aparecen en ellas, en fin, resulta decisivo situar cada objeto en su contexto para que así pueda integrarse al resto de los conocimientos históricos ya disponibles. Reconocemos que esta es una tarea a veces tediosa, que requiere de personal especializado y de una labor paciente, pero, por eso mismo, nos parece importante destacar este punto. De poco sirve poseer y exhibir colecciones de objetos si no se le añade a cada uno su correspondiente explicación y se lo concibe como parte de un todo más vasto, de una época o de una situación determinada. Pensamos que, en este sentido, puede ser valiosa la contribución de estudiantes o investigadores jóvenes que realicen así un trabajo apropiado para ampliar sus conocimientos y útil para el público en general.

Finalmente, para que todas estas labores rindan los resultados apetecidos en cuanto a profundizar y difundir los conocimientos históricos, es preciso que las colecciones de objetos puedan ser exhibidas para que sirvan de apoyo a investigadores y cumplan una función pedagógica ante las personas que, de cualquier condición, se interesen por el conocimiento del pasado.

## **5. El valor de los museos**

Lo que acabamos de exponer nos remite, de un modo directo, a la función que en la actualidad cumplen los museos. Según el Consejo Internacional de Museos, estos son “instituciones permanentes, sin finalidad lucrativa, al servicio de la sociedad y su desarrollo, abiertas al público, que adquieren, conservan, investigan, comunican y exhiben para fines de estudio, educación y deleite, testimonios materiales del hombre y su entorno”<sup>2</sup>. Debe aclararse que los museos pueden ser públicos o privados y que, aunque no tengan fines de lucro, deben en todo caso recibir contribuciones para el mantenimiento de sus colecciones, para la adquisición de nuevo material y para el pago del personal y de otros servicios que requiere su funcionamiento.

---

<sup>2</sup> En: <http://www.uclm.es/PROFESORADO/irodrigo/DEFINICIONES%20DE%20%20MUSEOS.pdf>, consultada el 3/3/2014. Hemos modificado ligeramente la definición para hacer más fluida la redacción.

La museografía, que se refiere a las técnicas y prácticas relativas a la construcción y funcionamiento de los museos, ha sufrido importantes cambios en las últimas décadas. Anteriormente los museos almacenaban colecciones y, muchas veces, se asemejaban más a depósitos de objetos valiosos que a auténticas herramientas de difusión cultural. Se acumulaban objetos de interés o simplemente curiosos, sin atender demasiado al orden en que se los presentaba y, menos aún, a sus características específicas, su significado o su procedencia.

Esto ha ido cambiando y, en la actualidad, se estudia cuidadosamente desde el diseño de su planta física hasta la adecuada presentación de lo que se exhibe, prestando atención a la iluminación, la secuencia y el orden de lo exhibido, y la adecuada explicación que oriente al público sobre aquello que está observando. Se trata de crear un ambiente que favorezca la correcta interpretación de lo exhibido, para lo que resultan también de importancia complementar las muestras con presentaciones audiovisuales, películas y todo tipo de imágenes que añaden importantes elementos de juicio para la mejor comprensión de lo exhibido.

Los museos, por otra parte, pueden proyectarse también como instrumentos ideológicos que intentan transmitir determinados mensajes al público asistente. Para que un museo pueda cumplir a cabalidad sus fines didácticos es preciso que las colecciones sean lo más completas y exhaustivas posible, y también que no haya algún sesgo predeterminado en la selección de los objetos. Pensamos que los museos que pudiesen crearse para transmitir al público lo acontecido en los conflictos internos recientes de Centroamérica debieran ser muy cuidadosos para no convertirse en promotores de determinadas ideas políticas o en difusores de puntos de vista limitados, que debieran mostrar los inmensos daños que produce la violencia y la destrucción humana y material que esta acarrea. Exhibir las armas, uniformes y pertrechos de las fuerzas que combatieron es, sin duda, necesario para lograr estos objetivos. Pero también es importante que los textos explicativos sean cuidadosamente redactados para dar al público una visión lo más objetiva posible de lo acontecido.

Creemos que museos bien diseñados, que cumplan con estos básicos requisitos, pueden ser de inmenso valor para quienes vivieron la época de estas luchas y quieren comprender mejor y contextualizar lo que en otro tiempo experimentaron; para los jóvenes que no conocen estos conflictos sino por referencias parciales y tienen una imagen un tanto confusa de su desarrollo y, por supuesto, para los investigadores de muchas disciplinas que podrían tener así una visión más completa y más objetiva de los temas que estudian.

## **6. Exhortación final**

Esta ponencia, en síntesis, ha pretendido destacar dos puntos centrales, uno teórico y otro práctico: el primero se refiere a la conveniencia de evitar cortes arbitrarios en la demarcación temporal de los temas que aborda el historiador, pues presente, historia reciente e historia más remota forman -como es obvio- un continuo de hechos que debe ser tomado en cuenta si no queremos perder valiosos testimonios del pasado. Desentenderse de lo que parece demasiado actual como para convertirse en objeto de estudio es bloquear de algún modo el entendimiento de lo sucedido, pues llegado el momento de estudiarlo a fondo, sin apasionamientos, encontrará el historiador un vacío de documentación y de testimonios concretos que le impedirá realizar una labor fructífera, o que le hará lamentar el tiempo y el esfuerzo que requiere rescatar la información que tendrá que obtener laboriosamente.

Estudiar la historia reciente, lo sabemos, aumenta los riesgos de un tratamiento subjetivo y sesgado de los hechos y su interpretación. Pero permite también, en contrapartida, comprender mejor el contexto y la intencionalidad de los actores, organizar de un modo más coherente los profusos datos existentes y construir obras que pueden resultar de inmensa utilidad para los historiadores del futuro. Recoger testimonios –orales y materiales- cuando todavía están a nuestra disposición sin haber sufrido alteraciones, es entonces una tarea útil y creemos que imprescindible para hacer una historia más veraz y más completa.

La intención práctica de esta presentación, por otra parte, es alertar sobre la necesidad de recoger, organizar y presentar adecuadamente los testimonios del pasado reciente. Se requiere, en primer lugar, que los investigadores y las instituciones académicas tomen conciencia de la importancia de la tarea. Pero hace falta algo más: es necesario que jueguen un rol activo en formar redes de apoyo que recolecten materiales y detecten posibles entrevistados, que busquen y obtengan los necesarios fondos –a veces cuantiosos- para desarrollar estas tareas, que se ocupen de la tramitación de los permisos oficiales muchas veces necesarios para instalar museos y disponer de objetos que, como las armas, son velados celosamente por las leyes vigentes.

Centroamérica merece que hagamos un esfuerzo sostenido para recuperar las informaciones y los objetos que nos permitan reconstruir, con la mayor objetividad posible, su historia reciente.

*Guatemala, marzo de 2014*